



LAS AMBIVALENCIAS DE LA ETICA DEL CUIDADO Y LA CULTURA DE PAZ, DESDE LA PERSPECTIVA DE LAS MUJERES EN LA CIUDAD DE BARRANQUILLA-COLOMBIA

Brenda Valero-Díaz

Universidad Libre, Seccional Barranquilla, Colombia
E-mail.: brendam.valerod@unilibre.edu.co

Sandra Villa

Universidad Libre, Barranquilla, Colombia
E-mail: sandra.villa@unilibre.edu.co

RESUMEN

El presente artículo es una síntesis de los avances de un trabajo de investigación en marcha, concerniente a la línea de investigación derecho, estado, cultura y sociedad, perteneciente al grupo INCOM, de la Universidad Libre - Seccional Barranquilla, en torno a aquellos contextos tan complejos como los que viven las mujeres víctimas de violencia. Esta investigación pone de manifiesto como las mujeres barranquilleras, a través de la ética del cuidado se convierten en hacedoras de las relaciones pacíficas; y como en esta dirección la cultura de paz trasciende en nuevas formas de pensamiento, trayendo consigo las rupturas y orientaciones que conducen a que cada individuo establezca nuevas relaciones familiares, provistas de valores pacíficos que se proyecten hacia el exterior. De esta forma la ética del cuidado se extiende como un abanico hacia destinatarios que se encuentran tanto en lo global como en lo local. El objetivo de este trabajo se centra en conocer, teorizar y analizar como las mujeres desde las ambivalencias del cuidado enfrentan y eventualmente solucionan estas realidades desde sus potencialidades, sobre las cuales pueden construir, orientar, pensar e impulsar nuevas situaciones de paz.

PALABRAS CLAVE: Mujeres; Violencia; Ética del cuidado y Cultura de paz.

AS AMBIVALÊNCIAS DA ÉTICA DO CUIDADO E A CULTURA DE PAZ A PARTIR DA PERSPECTIVA DAS MULHERES NA CIDADE DE BARRANQUILHA, COLÔMBIA

RESUMO

O presente artigo é uma síntese dos avanços de um trabalho de pesquisa – que se encontra em curso – concernente à linha de pesquisa direito, Estado, cultura e sociedade, pertencente ao grupo INCOM, da Universidade Livre – *campus* Barranquilha, sobre contextos tão complexos como os quais vivem as mulheres vítimas de violência. Esta pesquisa evidencia como as mulheres barranquilhenses, por meio da ética do cuidado, se tornam protagonistas das relações pacíficas e



como, neste sentido, a cultura da paz transcende novas formas de pensamento, trazendo consigo as rupturas e orientações que conduzem para que cada indivíduo possa estabelecer novas relações familiares, fornecedoras de valores pacíficos que se projetam para o exterior. Dessa forma, a ética do cuidado se estende como um leque para pessoas que se encontram tanto no global como no local. O objetivo deste trabalho é conhecer, teorizar e analisar como as mulheres, a partir das ambivalências do cuidado enfrentam e eventualmente solucionam estas realidades a partir de suas potencialidades, sobre a quais podem construir, orientar e impulsionar novas situações de paz.

PALABRAS-CLAVES: Mulheres; Violência; Ética do cuidado; Cultura de paz.

THE AMBIVALENCIES OF THE ETHICS OF CARE AND THE CULTURE OF PEACE, FROM THE PERSPECTIVE OF WOMEN IN THE CITY OF BARRANQUILLA- COLOMBIA.

ABSTRACT:

The present article is a synthesis of the advances of a research work in progress, concerning the line of research law, state, culture and society, belonging to the INCOM group, of the Libre University - Barranquilla Section, around those contexts so complexes like those experienced by women victims of violence. This research shows how women from Barranquilla, through the ethics of care, become makers of peaceful relationships; and how in this direction the culture of peace transcends into new ways of thinking, bringing with it the ruptures and orientations that lead to each individual establishing new family relationships, provided with peaceful values that are projected abroad. In this way, the ethics of care is extended as a fan to recipients that are found both globally and locally. The objective of this work is focused on knowing, theorizing and analyzing how women from the care ambivalences face and eventually solve these realities from their potential, on which they can build, guide, think and promote new situations of peace.

KEYWORDS: Women; Violence; Ethics of care and Culture of peace.

INTRODUCCIÓN

La ética del cuidado es un concepto que ha sido muy útil en esta investigación, al vincularlo con la cultura de paz. se ha seguido a la investigadora Irene Comins Mingol (2003) quien en su obra *La ética del cuidado y la construcción de la paz*, realiza una génesis sobre la ética del cuidado, distinguiendo el concepto de ética del cuidado que fue

introducido por Carol Gilligan (1985) en su libro *In a Different Voice* (En una voz diferente), en el cual estableció una divergencia con la ética de la justicia y promulgó la teoría del desarrollo moral fundamentada en las experiencias de las mujeres las cuales habían sido excluidas en los respectivos análisis sobre el desarrollo y la capacidad moral que éstas habían prodigado en cuanto a las diferentes ocupaciones en las cuales se comprometían en sus respectivas comunidades.

En su documento de trabajo Irene Comins realiza un análisis de las teorías expuestas por Carol Gilligan y Lawrence Kohlberg (1992), encontrando diferencias significativas en los planteamientos de una y otro.

Según el estudio de Kohlberg las mujeres alcanzaban un desarrollo moral por lo general inferior a los hombres. Gilligan escucha una diferente voz en las mujeres que no encaja con la teoría del desarrollo moral de Kohlberg, por ello define una nueva esfera moral que describe a las mujeres como iguales y no como inferiores. Según esta autora, la teoría del desarrollo moral de Kohlberg estaba sesgada al ignorar la realidad de las experiencias de las mujeres (Guilligan, 1992, p.14).

De acuerdo con Irene Comins y la investigadora Carol Gilligan se recurrió a esta comparación, como recurso explicativo de su teoría. Esta posición claramente establece una exclusión de las mujeres que Carol Gilligan reivindica proponiendo diferentes prioridades y una actitud disímil con respecto a la igualdad moral de las mujeres que debe ser mirada en igualdad de condiciones frente a la de los hombres y no vista como inferior ignorando la realidad de las experiencias de las mujeres. Carol Gilligan amplió el universo de análisis de Lawrence Kohlberg al incluir en su estudio sobre el desarrollo del juicio moral a niñas y mujeres, encontrando de esta manera entonces una diferente voz moral que daría como resultado la teoría de la ética del cuidado.

Según Irene Comins el cuidado es fundamental en el desarrollo y mantenimiento de las sociedades, aunque carece del valor social que le debía de corresponder por haber sido una práctica y competencia tradicional de las mujeres. Sin duda la adjudicación de estas

tareas a las mujeres ha conllevado para ellas aislamiento, dedicación permanente al otro, olvido de sí mismas, etc., hasta el punto de impedirle desarrollar otras capacidades y su propia autonomía. Sin embargo, desde una perspectiva feminista, y desde otra consideración de la ética, no se trata de infravalorar estas experiencias de las mujeres sino, por el contrario, darles valor y prestigio social, como obra de mujeres, pero para que se conviertan en valores propios de la humanidad, es decir de mujeres y varones.

Por ello debe extenderse más allá del ámbito privado para abarcar lo global, puesto que sostiene que en la esfera privada es necesaria más justicia para poder prevenir la violencia doméstica; sosteniendo al mismo tiempo que es también necesario que en la esfera pública se necesiten nuevos valores, como lo son el cuidado para revitalizar la participación democrática y abordar problemas tan graves como la pobreza.

Las autoras Olena Hankivsky (2005) y Selma Sevenhuijsen (2003) se vinculan con propuestas en torno a la aplicación de la ética del cuidado en torno a la justicia social, y encuentran en éstas mayor protección a los más desprotegidos y aquellos que no tienen sus necesidades básicas satisfechas. En esta forma la ética del cuidado se extiende como un abanico hacia destinatarios que se encuentran tanto en lo global como en lo local.

Continuando con Irene Comins (2003) esta plantea que “una educación para la paz es también una educación en la ciudadanía. La práctica democrática y activa de la ciudadanía es un pilar clave en la construcción de una cultura para la paz” (p.20). La investigadora expresa entre otras como una propuesta de educación para la Paz desde la ética de cuidado “debe extenderse más allá del ámbito privado para abarcar lo global”, ya que esta ética contribuye a afianzar el interés hacia los grupos más vulnerables y desprotegidos socialmente (p.91).

Desde la esfera privada las mujeres, a través de la ética del cuidado se convierten en hacedoras de las relaciones pacíficas; en esta dirección la cultura de paz trasciende en nuevas formas de pensamiento, trayendo consigo las rupturas y orientaciones que conducen a que cada individuo establezca nuevas relaciones familiares, provistas de

valores pacíficos que se proyectan hacia el exterior. Según lo expresa Irene Comins Mingol (2003) cuando propone una:

Ética de la responsabilidad que debe brotar de una conciencia de interconexión, que indica que nuestras acciones tienen la capacidad de modificar la realidad de los otros; que cada uno es, en cierta medida responsable de lo que sucede alrededor, y que tiene un margen de acción específico en la transformación de estas realidades (p.195).

Bajo esta óptica, los planteamientos de la autora se dirigen a la potencialización de las virtudes y las capacidades de cada individuo que conforman el círculo familiar de las mujeres, pues éstas no a través de la autoridad coercitiva, sino mediante el respeto, el amor y la confianza ejercen una coerción pacífica, que responde a los sentimientos positivos que se han depositado en cada integrante del grupo familiar, independientemente de que estos sean hombres o mujeres constituyéndose de esta forma en un vehículo que los conduce de manera segura hacia una cultura de la paz.

También son convincentes las afirmaciones que realizan María Helena Manjarres y Milton Molano (2001):

La construcción de la paz es una obra permanente, multidimensional y dinámica, que requiere el enraizamiento de valores pacíficos en la población. Debido a que la paz se construye, se aprende, nadie nace con los valores y actitudes que la avivan. Aquí radica la importancia de una educación para una auténtica cultura de paz, ella es a la vez una estrategia y un componente privilegiado para lograrlo (p.123).

De acuerdo con los planteamientos esbozados por los anteriores investigadores se hace fundamental percibir el papel desempeñado por las mujeres quienes por intermediación de la ética del cuidado han perfilado la construcción de una educación socio-emocional basada en valores que promueven la cultura de la paz a través de una ética del cuidado cimentada en la creatividad, la justicia y la imaginación.



Volviendo a Irene Comins esta propone una perspectiva holística con la que se prevenga los amagos de la violencia, y se oriente a la construcción de una cultura fundamentada en el carácter de cada persona solventada por un aire de amistad, afecto, confianza y amabilidad con las cuales se expresen las virtudes de cada sujeto.

I. CORRESPONDENCIA ENTRE ÉTICA DEL CUIDADO Y CULTURA DE PAZ

Sin lugar a dudas la cultura de paz es uno de los resultados de la ética del cuidado, y por ello es indispensable que se haga un permanente fortalecimiento hacia los valores, las actitudes y los comportamientos al interior del núcleo familiar, indispensables en el ejercicio de la cooperación y la solidaridad ya que estos conducen a los individuos a una convivencia más armónica y pacífica.

La ética del cuidado forma parte fundamental de la armonía y del mantenimiento de la vida y por tanto a través de esta se construye la cultura de la paz, aunque al haber sido realizada por las mujeres ha sido desvalorizada, incluso esta les ha impedido desarrollar todas sus potencialidades y capacidades de autonomía. Tal como lo expone Pilar Ballarin cuando dice que: “Las investigaciones actuales siguen llamando la atención sobre la desvalorización de lo femenino a través de la desautorización de los discursos de las chicas y el desprestigio de las tareas asignadas a las mujeres” (BALLARIN, 2008, p.151).

Las experiencias, valores y tareas históricamente libradas por las mujeres y que se encuentran vinculadas al cuidado en el ámbito doméstico, familiar y personal no se tienen en alta consideración por la sociedad, quien la ha subestimado y relegado a un segundo plano al considerarla que forma parte de las actividades a las cuales se tiene que dedicar la mujer por obligación. Por esta razón se hace necesario transformar la visión que actualmente se tiene del cuidado e impulsarla con valores renovados que suponen educar en una nueva cultura que permita afianzar los lazos de amor, solidaridad, confianza, etc., en niños, niñas, mujeres y hombres al lograr que estos hagan suyos otros valores y otras

formas de representarse en el mundo y manejarse en él, incorporando estos elementos a su vida social y familiar.

Con base en lo anterior, es de importancia anotar el concepto de la resiliencia en cuanto a la capacidad de resistencia y supervivencia que ha tenido la mujer al tomar las riendas de su vida, al decidir por sí mismas y sobre sus propios cuerpos, ha forjado estas acciones hacía un empoderamiento por el fortalecimiento de sus valores y moral al utilizar estas habilidades como actitudes encaminadas a mejorar sus estrategias de afrontamiento. (VALERO-DÍAZ y ALBOR-CHADID, 2020).

Es por tanto que la mujer con actitudes restauradas y fortalecidas, asume una naturalidad de enseñar a los niños y a las niñas a compartir el compromiso por el cuidado en los ámbitos familiares, domésticos y comunitarios para poder construir relaciones más igualitarias entre los sexos. La ética del cuidado puede convertirse en la base de una cultura que lleve a las personas a la plenitud de su ser y de su valor. En otras palabras, es la manera como se ha de educar, con la inserción de valores que incluyan la sensibilidad moral con la que se conduzca a descubrir el cuidado como una forma de ética existencial y como una perspectiva moral, que ayude a los seres humanos a construir vínculos que trasciendan más allá de las dimensiones culturales y personales.

Es primordial y oportuno concientizarse sobre la interdependencia humana, y educar tanto a hombres como mujeres en una cultura moral aferrada en la solidaridad, afecto, amor y la preocupación por el bienestar del otro, que son las bases de la ética del cuidado. De ello están las afirmaciones de Rosa Buxarrais (2008) cuando dice que: “Se revalorice el cuidado de los hijos y su relación con los hombres, se integre la existencia de las mujeres como coautoras del proceso histórico” (p.95); es decir que teniendo en cuenta estos acontecimientos sociales y políticos, se vincule al Estado-Academia-Sector Privado-Sociedad para proponer programas, proyectos con aplicación de la ciencia (ALBOR-CHADID y VALERO-DÍAZ, 2018); para que de esta forma se reivindique el trabajo que las mujeres realizan en el ámbito privado y que trasciende hacia lo público, relacionado con el

cuidado, la acogida y las relaciones personales. Como la opción más acertada para acabar con la desvalorización de lo femenino al reconocer el protagonismo de la mujer en la generación de una cultura de paz.

II. MÉTODO

Asumiendo que el objeto de estudio se enmarca en una sociedad patriarcal y en un contexto de alta complejidad como es la sociedad colombiana, se tiene en cuenta desde la perspectiva de las Ciencias Sociales, el abordaje metodológico interpretativo-cualitativo basado en los relatos de vida de las personas seleccionadas, que se construye con la información recogida, mediante entrevistas abiertas en profundidad, a un grupo de mujeres en la ciudad de Barranquilla, que han narrado los episodios más relevantes de sus vidas, atribuyéndoles el significado que hoy tienen para ellas. A partir de ellos se puede interpretar y comprender cuál es su situación en este momento, pues aportan información relevante sobre sus procesos vitales en torno a la ética del cuidado y la Cultura de Paz.

III. RESULTADOS

En el camino que conduce a la paz, las mujeres se ven obligadas vivir las ambivalencias del cuidado; una de ellas es precisamente tener que hacer frente a las actitudes sociales en relación a su participación en la fuerza laboral, ya que aún persiste quienes desapruaban que las mujeres trabajen cuando tienen hijos muy pequeños, teniendo que padecer la oposición de sus esposos, y/o compañeros, sus amigos, vecinos y familiares. En este caso su ambivalencia se enfatiza aún más cuando no consiguen un lugar adecuado para el cuidado de sus hijos, a esta situación se les adiciona no solamente las presiones económicas y sociales, sino también la preocupación que tiene la mujer cuando deja al cuidado de otra persona a sus hijos.

En cuanto al cuidado este debería ser reorganizado para que no sea fuente de discriminación de género, tal como lo expresa Irene Comins (2015), cuando afirma que:

Lo que hacemos nos hace, y esa atribución histórica del rol del cuidado a las mujeres tanto en la esfera privada (cuidado de los hijos, de los ancianos, de los enfermos, del hogar...) como en la esfera pública (como enfermeras, maestras...) ha desarrollado en las mujeres unas determinadas competencias de paz que bien podríamos compartir todos los seres humanos si también las tareas de cuidado de la vida fueran compartidas en igualdad (p. 33).

Continuando con lo planteado por Irene Comins, se puede decir que la ambivalencia que tantas mujeres sienten puede deberse no solo a la tradición, sino también a la educación que le es impartida desde su más tierna infancia, de esta forma las mujeres que trabajan tienen que cargar con la presión cotidiana del cuidado de los miembros de su familia, teniendo que satisfacer sus necesidades y sus exigencias. Estas imposiciones saturan el contexto del Caribe colombiano, lo que corroboran las mujeres que conforman el grupo focal de Barranquilla. En efecto, Clara y Eliana, respectivamente así lo manifiestan:

Me tocó empezar a trabajar horas extras, pues con mi sueldo no, nos alcanzaba para vivir, a veces por el trabajo yo llegaba bien entrada la noche, me partía el lomo para atender a mi marido y a mis hijas y llevar el dinero a mi casa (Clara, junio 2014-septiembre 2015).

Me decía que la mujer debía mantenerse en la casa, que la calle era para los hombres (Eliana, junio 2014-septiembre 2015).

Como se puede apreciar en lo relatado por Eliana se espera que las mujeres sean menos activas que el hombre en el espacio público, pues deben darle prioridad a la pareja y al matrimonio, por lo tanto, no se les incentiva para que tengan una orientación al trabajo o a una carrera profesional. En este sentido, en el caso de Clara, la existencia de ambivalencias frente al cuidado pueden también atribuirse, a su estado de ánimo, y a la coexistencia de emociones encontradas, o de sentido opuesto y no solo a las presiones

económicas, sino también a aquellas que son generadas al tratar de satisfacer las exigencias cotidianas.

Se puede agregar que aquellas mujeres que se ocupan de una carrera profesional enfrentan otro tipo de presiones debido a las tensiones que surgen dentro del matrimonio o en la convivencia, y es precisamente al momento de tener que tomar la decisión de priorizar la carrera de sus maridos o esposos (ascensos, transferencias, etc.) en virtud del mayor aporte que éstos pueden generar (dinero para el hogar), de esta forma las mujeres encuentran obstáculos al querer cultivar su vocación, pues deben sacrificar sus aspiraciones en pro del bienestar de su familia.

El trabajo puede constituirse para las mujeres en una fuente de autoestima y control, cuando su vida personal es amenazada con descarrilarse y salir de su dominio, convirtiéndose en un amortiguador contra las innumerables presiones que experimentan en su vida, es un recorrido que a veces suele ser doloroso y que las hace renunciar a otras aspiraciones vitales, tal como lo manifiesta Sandra, que aunque triste y agobiada por su fracaso matrimonial, al mismo tiempo, se sintió liberada de sus ataduras y dependencia emocional hacia su ex esposo. Según lo expresado por esta mujer, cuando se divorció se reencontró finalmente consigo misma, en la fecha de la entrevista, reconociendo que, a pesar de lo vivido, no portaba rencores, ya que algo le tenía que agradecer:

Me divorcié hace algo más de tres años, y es la mejor decisión que pude haber tomado, ahora toda mi vida, tiempo y esfuerzo se lo dedico a mis hijos que son el regalo más maravilloso que me pudo haber dado la vida... Ellos son lo único que tengo que agradecerle a mi ex (Sandra, junio 2014-septiembre 2015).

Las ambivalencias y los sentimientos encontrados absorben la vida de las mujeres, cuando estas asumen la supuesta decisión de escoger o no escoger el cuidar, porque finalmente terminan cuidando a pesar de su malestar, enfado e inconformidad, sobre todo cuando el esposo o compañero relega la responsabilidad del cuidado en la mujer, produciéndose así la degradación de las relaciones maritales o conyugales. Un claro

ejemplo de ello, es la situación vivida por Ada Luz cuando dice: “Yo tenía que soportar a mi marido, y conservar la casa limpia, la ropa lavada y planchada; la comida calientica; porque era mi obligación como esposa y madre” (junio 2014-septiembre 2015). Esta mujer cuidadora se sentía sin libertad de movimientos, pues no contaba con el tiempo suficiente para dedicarse a ella misma; el hogar y la familia se transformó con la pérdida de la privacidad e intimidad para ella, al encontrarse alterada su vida familiar, se visibilizaron las dificultades que tenía para conciliar la vida laboral con las tareas del cuidado, ya que perduraba en ella la sensación de estar incumpliendo alguna de estas dos tareas, viéndose obligada a abandonar su trabajo, ante la situación de tener que cuidar; esta mujer fue forzada a tomar una decisión, que no le produjo ningún bienestar, ya que repercutió en su futuro personal.

Para las mujeres del grupo focal de Barranquilla, el cuidado tiene una connotación alrededor de la obligación y el deber, ya que este sentimiento está por encima de los intereses y necesidades de las mujeres cuidadoras, que por tradición se sienten llamadas a asumir aquellos valores tales como la compasión, la generosidad, el afecto, el servicio y el amor, con los que son identificadas por la sociedad por su condición de mujeres. Frente a este llamado la mujer no tiene opción y no puede negarse a aceptar las pautas que forman parte del cuidado.

Sin embargo, pese a las ambivalencias descritas anteriormente, las mujeres del grupo focal de Barranquilla, en sus relatos asumen cierta idoneidad en el cuidado hacia las demás personas y afrontan la decisión de no esperar, por su trabajo o dedicación, recompensa alguna. Estas mujeres resaltan los elementos positivos, que han encontrado en su labor de cuidado, como la satisfacción personal que produce el efecto de dar y no recibir nada a cambio, solo el agradecimiento de las personas cuidadas, y la tranquilidad de conciencia que proporciona el sentir que están haciendo lo que deben hacer y lo que se espera de ellas.

En la construcción de una cultura de paz, el cuidado juega un papel fundamental ya que representa la contribución de las experiencias de las mujeres y forma parte del legado que estas han aportado a la sostenibilidad de la vida. Las aportaciones al cuidado en la construcción de una cultura de paz, desde una perspectiva de género, aunque eclécticas y plurales, según lo planteado por Irene Comins tienen un común denominador entorno a la filosofía del cuidar, ya que estas enfatizan las contribuciones del cuidado, como competencia para la paz (p. 42).

Continuando con lo planteado por Irene Comins, la práctica del cuidado implica el desarrollo de unas determinadas capacidades y habilidades como lo son la empatía, la responsabilidad, la paciencia, la ternura o el compromiso, estos elementos son fundamentales en la construcción de una cultura de paz. La contribución histórica de las mujeres al cuidado tanto en la esfera privada (cuidado de los hijos, de los ancianos, de los enfermos, del hogar), como en la esfera pública (como enfermeras, maestras, etc.), ha logrado que sean consideradas con determinadas competencias para la paz, que bien podrían ser compartidas en igualdad por todos los seres humanos (p. 43).

Retomando lo expresado por Betty Reardon (1996) e Irene Comins (2015) “la cultura de paz es una cultura del cuidar”, puesto que para ella para es muy importante la socialización igualitaria del cuidado. Aunque el valor del cuidado ha sido un valor atribuido históricamente a las mujeres, se hace necesario plantear una propuesta de coeducación en el valor del cuidado para que éste se convierta en un valor humano de hombres y mujeres y no sólo en un rol de género (p. 44).

En términos expresados por Irene Comins, definitivamente la persona que cuida se transforma, resignifica, se *rehace*, a través del ejercicio del cuidar (p. 35). La misma autora plantea la necesidad de fomentar el desarrollo y la práctica del cuidado, incluyendo aquellos valores morales, habilidades y competencias como la empatía, la paciencia, la perseverancia, la responsabilidad, el compromiso, la escucha o la ternura para la construcción de una cultura de paz (REARDON,1996, p. 85). Además de estos valores

morales, la práctica del cuidar contribuye a desarrollar tres grupos de habilidades fundamentales para la construcción de una Cultura para la Paz, como lo son: el desarrollo y el sostenimiento de la vida; y la transformación pacífica de conflictos (COMINS, 2009, p. 32); todo con el fin de alcanzar un compromiso cívico y social (COMINS y MUÑOZ, 2013, p. 177).

En ese sentido el cuidado, aunque ha sido atribuido social e históricamente a las mujeres, debe convertirse en un valor en el que todos los seres humanos se deben educar. En otras palabras, se deben empezar a construir nuevas formas de ser femeninos y masculinos, más justas, flexibles, pacíficas y felicitantes para todos. “Se trata, en definitiva, de educarnos para una Cultura de Paz a través de la coeducación en los valores del cuidar” (COMINS, 2009, p. 47).

Algunos aspectos de la igualdad entre hombres y mujeres fueron expresados por Betty Reardon, en el sentido de considerar que esta es “una condición esencial de una cultura para la paz. De ahí que la educación para la igualdad de géneros sea un componente esencial de una educación para una cultura de paz” (REARDON, 1996, p. 86). De ello resulta que cuando se hace referencia a el concepto de paz imperfecta ésta se define como aquellos espacios, en los cuales se puede especificar las acciones generadoras de paz, aunque surjan de contextos disímiles y diferentes como lo son los conflictos y la violencia.

En otros términos, es un proceso inconcluso y de constante construcción que se ve contextualizado en el accionar de las mujeres del grupo focal de Barranquilla. Estas son conscientes de la conflictividad de lo humano y son capaces de ver en ella un motor de creación y superación, vista en esta forma la paz desde el punto de vista de las mujeres es una idea que se contrapone a la paz utópica, como algo perfecto, infalible, terminado, lejano y alcanzable en lo inmediato. Desde este enfoque la paz imperfecta crece en la medida en que estas aceptan y se relacionan con la “imperfección” de su realidad.

Siguiendo los planteamientos de Soledad Arnau (2010) cabría indagar sobre aquellos espacios, actores y actrices que, desde las ruinas, han podido fomentar la paz en forma activa generando o recuperando nuevas áreas o modos distintos de hacerse persona. En este sentido las mujeres del grupo focal de Barranquilla han aprendido a ser jefes, a gestionar su asistencia personal, a contribuir a la sociedad en general, a acceder en igualdad de condiciones al campo laboral y a contribuir activamente a la consecución de una cultura de paz. A través de los relatos de las mujeres se pueden apreciar, detectar e identificar los elementos opresivos y distorsionantes como un ejemplo de su dura y larga lucha en la búsqueda y sobre todo en el reencuentro del camino hacia la libertad, la dignidad, la igualdad de oportunidades y la no discriminación.

Carmen Magallón (2001) en su artículo El pensamiento maternal. Una epistemología feminista para una cultura de paz, considera los enlaces desde el punto de vista feminista y la línea del pensamiento trazado por la paz imperfecta. También recordamos las aportaciones de Irene Comins (2002), quien se encarga de estudiar las conexiones que puede haber entre la práctica maternal como un recurso natural y una política de paz o, lo que es lo mismo, la práctica maternal como una fuente de recursos para una cultura de paz (p. 321).

Sara Ruddick (1995) ha investigado, desde la práctica maternal, la construcción de una cultura de paz. Esto no quiere decir que el trabajo maternal es y debe ser llevado por mujeres, puesto que también puede ser realizado por un hombre, aun cuando la mayoría de las personas piensen que debe ser la madre quien lo lleve a cabo. Se trata pues de desgenerizar el trabajo maternal. Es importante agregar que se debe hacer una distinción entre el cuidado y la práctica maternal, ya que esta última es una actividad delicada mientras que el cuidado es mucho más amplio, lo que equivale a realizar un tipo específico de cuidado.

Desde esta nueva perspectiva de paz imperfecta, el grupo focal de las mujeres de Barranquilla acogen en su seno un amplio bagaje de prácticas de paz desarrolladas desde

el altruismo, el amor y la compasión, tal como lo ha expresado Ada Luz cuando se refiere a las posibilidades que ella misma ha creado con el afán de lograr el amor de sus hijos: “a través de nuestras acciones y de todo lo que hacemos en nuestro diario vivir, estamos sembrando la esperanza en nuestros hijos para poder alcanzar un mejor mañana” (Junio 2014-Septiembre 2015). La idea de paz que tiene esta mujer se relaciona con la práctica maternal, al igual que el resto de mujeres pertenecientes al grupo focal de Barranquilla, que como se ha dicho anteriormente mantienen firmemente la ideología sobre la maternidad de la cual se derivan las demás prácticas que forman parte del cuidado.

En este estudio el sentido que las mujeres del grupo focal de Barranquilla le otorgan a la práctica maternal y el cuidado está asociado con la idea de conformar las paces, desde sus competencias humanas. También retoma las experiencias de estas mujeres y la forma cómo han regulado pacíficamente los conflictos al colocar las necesidades de los demás, sobre las propias; a través de regulaciones pacíficas tales como: la negociación, la mediación, el arbitraje, la hospitalidad, la compasión, la caridad, la conciliación, la reconciliación, el perdón, la condescendencia, la misericordia, el socorro, la amistad, el amor, la ternura, el altruismo, la filantropía, la solidaridad, la cooperación, la alianza, el pacto, el acuerdo, el desapego, la entrega, el dialogo, etc. (MUÑOZ, 2001, p. 21).

Una Paz Imperfecta es la que promueven las mujeres del grupo focal de Barranquilla alrededor de los conflictos y de la adversidad; éstas se encuentran presentes en todos los sitios, que estas mujeres han frecuentado, ya sean pacíficos o violentos y se fortalecen con las acciones que ellas desarrollan en forma pacífica. Muchas de estas acciones al parecer se tornan invisibles. En las conversaciones sostenidas con Sandra ella manifiesta: “yo procuro vivir y también enseñarles a mis hijos a que vivan en armonía, no solo dentro de nuestro hogar, sino también fuera de este, a pesar de los conflictos, que se puedan presentar en la vida diaria” (septiembre 2014- junio 2015). Como bien lo señala Francisco Muñoz es una realidad, el que los seres humanos convivan con las emociones y con las dimensiones positivas y negativas; por ello este sostiene que se debe aspirar a que exista

el mínimo posible de discriminación e intolerancia, puesto que lo ideal, es que no haya ningún tipo de discriminación en el camino que nos conduce hacia la paz imperfecta.

Desde este enfoque se analizan las experiencias de vida de las mujeres del grupo focal de Barranquilla, ligadas a la construcción de paz imperfecta, que han sufrido esta minoría por la discriminación en sus diversas formas.

Por otro lado, se puede agregar que la paz imperfecta es un proceso en construcción que se encuentra de forma perfectible e inacabada y que este surge como respuesta a los conflictos con los que se conviven. Retomando lo planteado por Francisco Muñoz la paz imperfecta de género es imprescindible para reconstruir el poder, el empoderamiento de las mujeres, ya que las mujeres tienen capacidades individuales y colectivas, que pueden desarrollar; tienen poder y lo ejercen de una y otra forma; pueden incidir en la regulación de determinados conflictos, tienen capacidad para mediar en ellos; en definitiva, pueden influir en que estos generen paz o violencia (p. 22). En el caso de las mujeres de Barranquilla y particularmente el grupo al que se está haciendo referencia, se puede apreciar un ejemplo de paz imperfecta en la siguiente historia la cual es contada por Amparo, quien vivió la triste y dura realidad del conflicto armado, cuando tuvo que asumir la pérdida provisional de su hijo mayor, quien se vio obligado a cumplir con las disposiciones que su padre le impuso, ya que este formaba parte de la guerrilla urbana de la FARC. Hoy en día el hijo de Amparo se desmovilizó al morir su padre y regresó al seno del hogar. Desde esta perspectiva la Paz Imperfecta tiene una amplia aplicación y una dimensión llena de optimismo y esperanza, pero al mismo tiempo reconoce los conflictos y la diversidad, los cuales se dinamizan en torno a los procesos pacíficos que muchas veces son invisibles.

Francisco Muñoz, Mario López (2000) y José Truvilla Rayo (2004) dicen, en distintos trabajos, que efectivamente, en cuanto a la transmisión de conocimiento, el aprendizaje y la mejora de los avances, científicos, culturales y tecnológicos no tienen otro sentido si no es la continuidad de la especie, que en el caso de Muñoz y López es una variedad de proyección de los futuros deseables perdurables, justos, pacíficos e imperfectos y son

posibles de transmitir a la generaciones posteriores como un ejercicio utópico pero alcanzable. En este aspecto Amparo actualmente convive con los conflictos aceptándolos como parte de su existencia, y reconoce que debe coexistir con las emociones tanto positivas como negativas, que le trajo la guerra, trabajando todos los días con el propósito de alcanzar ese ideal de paz imperfecta. Las mujeres de Barranquilla han sabido cumplir con la labor de proyección con un futuro solidario donde se alcancen mayores cotas de justicia y la equidad, y eso supone vivir una sociedad más pacífica. Todo ello mediado por la resolución de los conflictos a través de formas reguladas por vías pacíficas que den la sensación de estar construyendo nuevas situaciones deseables de acuerdo con los valores de la paz.

En este sentido es oportuno señalar que las mujeres barranquilleras también optan por otras formas de regulación pacífica de los conflictos, como lo es la satisfacción de las necesidades de los otros, de acuerdo a sus condiciones sociales y personales (experiencias) gestionando pacíficamente sus controversias, aunque convivan diariamente con los conflictos y con algunas formas de violencia. Las mujeres del grupo focal de Barranquilla están comprometidas, vitalmente y desde su experiencia, con la construcción de la paz y esto lo hacen a través de la cooperación que brindan en asociaciones, fundaciones e iglesias, mostrando de esta forma un interés altruista que expresa formas de paz imperfecta, como lo es el caso de Esther y Ada Luz quienes ejercen un papel importante en los grupos a los cuales pertenecen, ya que trabajan mancomunadamente por la satisfacción de las necesidades, potencialidades y capacidades de las personas que llegan a estos Centros de Apoyo en la comunidad.

Dependiendo de los diversos intereses y/o percepciones, las mujeres barranquilleras se pueden abrir a una cantidad enorme de posibilidades intermedias, en su discurrir, sobre los que se puede descubrir una paz imperfecta. En este andar también se encuentran las mediaciones en las cuales estas interactúan no solo como actrices, sino también con intereses que giran alrededor del conflicto, permitiéndoles en esta forma entender la

relación que existe entre la paz y la violencia, en cualquiera de sus modalidades, especialmente entre la paz imperfecta y la violencia estructural. Se parte de la siguiente premisa: la paz imperfecta reconoce la paz a pesar de convivir con la violencia.

Al interior de los grupos, centros de apoyo, asociaciones, iglesias y fundaciones a las cuales pertenecen las mujeres se promueven una especie de grupos consultivos, los cuales contribuyen con sus conocimientos y experiencias de vida tratando de resolver los conflictos cotidianos de aquellas mujeres que las consultan continuamente, aplicando formulas o vías informales. Así lo expresó Clara en la entrevista que se hizo con ella: “Las mujeres estamos acostumbradas a solucionar los conflictos de la vida cotidiana, continuamente, gracias a las experiencias propias y las que hemos adquirido y heredado de otras mujeres” (septiembre 2014- junio 2015). Se debe potenciar la paz imperfecta como un proceso de empoderamiento de las mujeres barranquilleras, a favor de la igualdad y de la paz, y para ello se deben reconocer las emociones, los sentimientos y las instancias en donde tengan lugar. Muchos de los conflictos en los que se ven involucradas las mujeres barranquilleras son resueltos pacíficamente. Comprender la paz las obliga a comprender las raíces de los conflictos para que así puedan construir una sociedad más igualitaria y más justa.

Las mujeres barranquilleras reconocen que este tipo de paz imperfecta les brinda la esperanza y la oportunidad de una vida mejor, no solo a ellas sino también a quienes se encuentran a su alrededor. Ellas son hacedoras de paz, no sólo aquellos que están en las mesas de negociación. En los relatos de las entrevistadas se pudo identificar los compromisos que estas asumieron y que estuvieron orientados a la cooperación y la solidaridad: “Yo saque de mis ahorros y ayude a esta mujer, que conocí en la Fundación, pues no cuenta con nadie para que le brinde la ayuda que ella necesita, se encuentra sola y con un bebé de brazos” (Amparo, septiembre 2014- junio 2015).

Esta mujer con su reflexión hace una comprensión sobre lo que es justo y ante la gravedad de la situación de su compañera de infortunio, divisa una vía de ayuda para

atenuar su situación, por medio de una acción solidaria, apoya económicamente a su amiga, que por falta de recursos económicos se encuentra atravesando un mal momento, de esta forma busca de alguna manera recobrar la justicia y el trato digno que la sociedad debió otorgarle. Indudablemente estas capacidades emocionales contribuyen a la paz imperfecta.

La paz imperfecta hace su presencia en la vida de las mujeres en torno a las prácticas y las experiencias compasivas, como se ha podido visibilizar a través de estos relatos entre los cuales se destaca la historia de Amparo, Clara, Esther, Sandra, Eliana y Ada Luz como hacedoras de paz; sin duda la compasión es innegable y necesaria para la construcción de ambientes pacíficos y también para la edificación de la paz.

Los relatos de las mujeres de Barranquilla comunican la esperanza, el amor, el altruismo y el apoyo incondicional hacia el otro, no solo en el contexto privado sino también en lo público; en otras palabras, aquellos que son esenciales en la construcción de sus proyectos de vida, los cuales son testimonio que hacen referencia a una paz imperfecta, que se encuentra enlazada a su cotidianidad.

Para alcanzar estos objetivos las mujeres barranquilleras han reconocido, criticado y deconstruido la violencia, reelaborándola al reconocer en los actores de sus propios conflictos circunstancias (vivencias, valores, actitudes, etc.) que son, o pueden ser, constructoras de paz. A su vez todo ello podría generar en las mujeres barranquilleras la esperanza, cuando movilizan y hacen confluír su pensamiento hacia una ruptura en la concepción que tienen sobre la paz, como algo perfecto, utópico, inalcanzable para la humanidad, concibiendo que la paz no es perfecta y reconociendo las prácticas pacíficas allá donde ocurran, descubriendo que la regulación de la violencia dentro de los conflictos, esta intrínsecamente ligadas a la paz, ya que se originan de las mismas instancias, actores e intereses.

Al estar tan cerca de la imperfección las mujeres barranquilleras se asumen como seres complejos, que se acercan en su convivencia a sus emociones, situación que las lleva

a aciertos y desaciertos en los cuales se ven sumergidas alrededor de sus deseos y voluntades. Estas situaciones las humanizan porque las hacen libres y dependientes al mismo tiempo de todo aquello con lo que tienen que coexistir.

IV. DISCUSIONES Y CONCLUSIONES

Alrededor de las prácticas del cuidado del hogar, y la cultura de paz, las mujeres barranquilleras también construyen y forjan la paz, como gestoras de vida. Las alteraciones en los roles de género implican para las mujeres barranquilleras una sobrecarga de trabajo ya que a su papel como cuidadoras se le suma el de la lucha por la supervivencia y el mantenimiento de la unidad familiar. Cayendo también sobre sus hombros la tarea de preservar las tradiciones, la moral familiar, la cohesión de la comunidad e incluso la identidad nacional. Ciertamente, la Cultura de paz es una realidad ligada a las mujeres de Barranquilla que las convierte en agentes de paz, no suficientemente reconocidas en los procesos actuales de paz.

Entre los hallazgos descubiertos en esta investigación se encuentran las prácticas sociales pacíficas con las cuales las mujeres de Barranquilla, transforman los actuales modelos con los que se educan a los niños y niñas, concibiendo prácticas que forjan modelos de amor, generando cambios en las relaciones entre ambos sexos, transformando las creencias, los deseos y las expectativas de la sociedad caribeña, ligando el amor, la ternura y el cuidado.

En tal sentido las mujeres barranquilleras, se convierten en actrices continuas, momentáneas o coyunturales en la creación de un mundo más justo. Al mostrar su amor, su cooperación, solidaridad, altruismo o filantropía, todo esto con el fin de construir una cultura de paz. Así mismo cada vez que una madre, cuida de sus hijos, entregándolo todo por ayudar a sus seres queridos, o por el tiempo que dedica a ayudar a otros por encima de sus intereses, les están brindando espacios a la paz. En este proceso las mujeres reconocen sus capacidades y sus acciones encaminadas a la paz.

REFERÊNCIAS

- ALBOR-CHADID, Lourdes y VALERO-DÍAZ, Brenda (2018). Efectos del impacto de la crisis humanitaria de ciudadanos venezolanos en Colombia. En L. Albor-Chadid, M. L. Pimentel Cotinguiba, D. C. Fernández-Matos y G. Castro Cotinguiba (Comp). **Reflexiones sobre las migraciones en América Latina**. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar, 2018.
- RIPOLLÉS, María Soledad Arnau. Análisis de experiencias de Paz desde las Mujeres de la Vida Independiente. In. **Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico**, 2010.
- BALLARÍN, Pilar. **Retos de la escuela democrática**. Educar en la ciudadanía. Perspectivas feministas. Madrid, Editorial Los Libros de Catarata, 2008.
- BUXARRAIS, M. **La perspectiva de género en los currícula**: hacia la igualdad en la educación. PC Áznar, Educación, género y políticas de igualdad. Valencia: Universitat de Valencia, 2008.
- MINGOL, Irene Comins. La paz imperfecta. In. **Convergencia**. Revista de Ciencias Sociales, 2002.
- _____. Hacia una refundación de la intersubjetividad: la Cultura de Paz desde una perspectiva de género. In. **Revista Interdisciplinar de Derechos Humanos**, 2005.
- _____. **Filosofía del cuidar**: una propuesta coeducativa para la paz. Barcelona, Icaria.
- _____. De víctimas a sobrevivientes: la fuerza poética y resiliente del cuidar”. In. **Convergencia**, Revista de Ciencias Sociales, 2015.
- MINGOL, Irene Comins *et. al.* **La ética del cuidado como educación para la paz**. España: Universitat Jaume I Castellón, 2003.
- COMINS, Irene y MUÑOZ, Francisco. **Filosofías y praxis de la paz**. Barcelona: Icaria, 2013.
- GILLIGAN, Carol y UTRILLA, Juan José. **La moral y la teoría**: psicología del desarrollo femenino. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- HANKIVSKY, Olena. **Social policy and the ethic of care**. Vancouver: UBC Press, 2005.
- KOHLBERG, Lawrence. **Psicología del desarrollo moral**. Bilbao: Editorial, 1992.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen. **El pensamiento maternal**. Una epistemología feminista para una cultura de paz. La Paz Imperfecta. Granada: Editorial de la Universidad de Granada, 2001.



MANJARRÉS PEÑA, María Elena y MOLANO CAMARGO, Milton. **La escuela que los niños perciben:** aportes para construir una cultura de paz desde la gestión institucional. Bogotá: Facultad de Educación, Pontificia Universidad Javeriana, 2001.

MUÑOZ MUÑOZ, Francisco y LOPEZ MARTÍNEZ, Mario. **Historia de la paz:** tiempos, espacios y actores. Granada: Universidad de Granada. Instituto de la Paz y los Conflictos, 2000.

MUÑOZ, Francisco. **La paz imperfecta ante un universo en conflicto.** Granada: Universidad de Granada, 2001.

MUÑOZ, Francisco. **La paz imperfecta.** Granada, Universidad de Granada, 2001.

REARDON, Betty. **Sexism and the war system.** Syracuse: University Press, 1996.

RUDDICK, Sara. **Maternal thinking:** Toward a politics of peace. New York: Beacon Press, 1995.

SEVENHUIJSEN, Selma. **Citizenship and the ethics of care:** Feminist considerations on justice, morality, and politics. New York: Routledge, 2003.

TRUVILLA RAYO, José. **Cultura de paz:** fundamentos y claves educativas. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2004.

VALERO-DIAZ, Brenda y ALBOR-CHADID, Lourdes. La naturaleza como espacio de resiliencia y empoderamiento de las mujeres. En L. I. Albor-Chadid: **Crisis Ambiental:** Racionalidad, Planteamiento Dialógico por una nueva percepción ambiental. Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar, 2020.